



***Notas, Entrevistas y
Reflexiones***

América Latina y el Caribe (1991)

Para leer la historia: historias de historias

Carmen Elisa Acosta Peñaloza

Departamento de Literatura

Universidad Nacional de Colombia

Aunque trillado, el título *Aproximaciones* (Gutiérrez Girardot 1986), da cuenta de los temas desarrollados por los cuatro primeros artículos de su obra. Así lo afirma Rafael Gutiérrez Girardot, en 1986, cuando afirma que los problemas que plantea la historia social de la literatura se caracterizan por la novedad de su propósito y, por lo tanto, no admiten aún un tratamiento sistemático. Se refiere a los artículos sobre la "Revisión de la historiografía literaria latinoamericana", "El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana", "Problemas y temas de una historia social de la literatura latinoamericana" y "La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: Promesa y desafío". Después de casi veinte años, el panorama sobre el problema de la historiografía de la literatura colombiana sigue sin encontrar un desarrollo, por lo tanto el tema de las aproximaciones vuelve a ser pertinente.

Sin desconocer el recorrido de más de medio siglo, donde el interrogante sobre la historia y sus discursos ha sido generado por polémicas que han llevado a cuestionar su pertinencia, aún hoy se puede afirmar, con Pedro Henríquez Ureña (1949), que a cada generación le corresponde escribir su historia. Esta afirmación, reconocida ampliamente por otros autores, debe ser tenida en cuenta aquí dado el sentido práctico que el historiador de las corrientes literarias da a sus formulaciones historiográficas. La escritura de la historia permite plantear no sólo las cuestiones del presente, sino que a partir del

conocimiento y la reflexión sobre el pasado, da cuenta de una historia crítica que exige una actitud frente a la función social de lo literario.

Es necesario señalar que, nunca de manera gratuita, los historiadores de la literatura asumen determinadas periodizaciones, seleccionan autores y obras, agrupan en movimientos, generaciones y escuelas, caracterizan las obras a partir de factores como el género, el estilo, o a partir de su relación con la sociedad, su ubicación histórica o la asimilación a un determinado paradigma. Se encuentran ante necesidades como las de construir, reconstruir, configurar o escribir una historia de la literatura universal, nacional, regional o local; decidirse por la elaboración de una historia general o particular, la historia de la crítica, historia de la poesía o de otros géneros, la historia del canón, la historia social o la historia de la recepción, para enumerar sólo algunas opciones.

El historiador de la literatura, al asumir ciertas decisiones y posturas, conscientemente o no, da cuenta de una visión particular sobre la historia y sobre su percepción lo literario. Esto sucede con José María Vergara y Vergara, Isidoro Laverde Amaya, Antonio Gómez Restrepo, Antonio Curcio Altamar, Alvaro Pinera Botero o Fernando González Cajiao, para dear sólo algunos ejemplos.¹

Temporalizar la literatura o, dicho de otra manera, escribir una historia de la literatura, siempre conlleva un trabajo crítico. A partir de esta perspectiva, la pregunta por cómo se ha escrito la historia conlleva un doble interés: asume el cuestionamiento no sólo de la concepción histórica de la literatura, sino además de su propia historia. Es necesario proponer algunos problemas que permitan estructurar un proyecto que sitúe en una perspectiva histórica los discursos de la historia, como una de las múltiples opciones de historias de la literatura que están aún por escribir.

¹ Como cualquier enumeración, ésta y las siguientes implican una selección. Ellas surgen de lo arbitrario y casual de la memoria.

1. Conocer en la historia

La historia de la historia adquiere un nuevo interés si se la piensa como un discurso que tiene la oportunidad de reflexionar permanentemente sobre sí mismo. Corresponde a una mirada que busca aquello que, desde una u otra perspectiva ha intentado alcanzar su objeto de estudio, es decir la "necesidad de aprehender el pasado". La historia es pensada como una forma de producción de conocimiento, que más allá de apropiarse de una realidad en el pasado, concibe en la materialidad de la escritura su descripción como práctica y como texto de cultura.

El interés se centra en leer a los historiadores desde la mirada del historiador, ubicándose en tres niveles simultáneamente: el del historiador, su discurso y el literario. La revisión historiográfica se concibe así como un proceso de lectura en el que se fusionan la historia de los historiadores, del pasado y del presente, la historia de la literatura y la literatura misma. Leer a Rafael Maya, Isaías Peña, David Jiménez, Seymour Menton, Fernando Ayala Poveda, Rafael Gutiérrez Girardot y las historias producidas en textos escolares, implica ubicarse en estos tres niveles.

La importancia de la narración histórica para la cultura y la sociedad ya ha sido señalada por Hayden White. En *Metahistoria* (1992), propone la ratificación de un método formalista al aproximarse a la materialidad del discurso histórico. Afirma que considerará "[...] la obra histórica como lo que más manifiestamente es: es decir, una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de explicar lo que fueron, representándolos" (1992, 14). Es fundamental pensar en la existencia, a través de la historia, de una serie de modelos de representación y conceptualización histórica, lo cual desplaza el interrogante hacia la propuesta de escrituras particulares. White desarrolla su trabajo al rededor de la pregunta por la estructura profunda de la imaginación histórica del siglo XIX, lo cual, en últimas, lo lleva a pensar el problema

de la conciencia histórica y la manera como ésta se expresa. A partir del estudio de estructuras tropológicas presentes en las obras de Michelet, Ranke, Tocqueville, Burckhardt, demuestra la existencia de diversas expresiones de dicha conciencia manifiestas a través de las formas.

Por otra parte en *El contenido de la forma* (1987), White afirma que desde la voz del historiador es posible señalar dos tipos fundamentales de discurso histórico: por un lado, el que narra, en el que está presente la persona y el relato; por otro, el que narrativiza, aquél en el que se finge hacer hablar el mundo como relato, eliminando al narrador. Aunque en este último caso los acontecimientos parecen hablar por sí mismos, tanto una como otra forma conducen a pensar la historia como un metacódigo. Éstas permiten ver cómo el discurso de la historia en sí mismo está dando cuenta de una serie de valores propios de la presencia histórica y, por tanto discursiva, del historiador. La historia dota, así, a los acontecimientos de relato. En el acto de dotar a la forma de contenido es donde se presenta el problema de la autoridad del historiador. Lo anterior conduce a pensar lo ideológico como una expresión de la historia: la tarea del historiador es dar sentido, y en ello radica la realización de una actividad social determinada.

De esta manera, aunque en ocasiones se perciba o se intente mostrar lo contrario, el discurso narrativo no se puede concebir como neutro, el historiador no trabaja con acontecimientos, en el sentido de su referencialidad inmediata, sino con la mediación de discursos sobre la historia, en la construcción de un entramado histórico.

Al afirmar que la función de la historia es dotar a esa narrativa de una coherencia, dos problemas están nuevamente presentes, y aunque no es necesario resolverlos en este momento, deben ser tenidos en cuenta: el problema de la referencialidad de la historia —y la manera como se construye este referente— y la opción de plantear que todo lo que es discurso es ficción, cada uno de ellos en clara diferenciación teórica. Paul Ricoeur ha intentado resolver esta diferencia en su trabajo sobre el tiempo humano como el tiempo narrado.

Para volver a pensar la historia debemos entonces desentrañar su escritura. Es necesario, por ejemplo, revisar los problemas de la narración, de la descripción, de la interpretación en su carácter constitutivo de la operación historiográfica, ya que a la historia le compete el cambio y, por supuesto, la reflexión sobre su propio discurso. Así, a la historiografía le interesa el análisis de dicha historia como texto, como textualidad de la realidad constituida por textos históricos. Volver sobre los trabajos de Flor María Rodríguez-Arenas, de Eduardo Pachón Padilla, de Carlos Rincón, de Harold Alvarado Tenorio, de Eduardo Camacho Guizado, de Héctor Orjuela y del *Manual de literatura colombiana*, implica configurar unos criterios de lectura. Leer la historia implica asumir la producción activa tanto en el pasado como en el presente en la consolidación de una tradición de escritura.²

2. La historia como práctica

Si bien es posible asumir la historia como discurso a través de su materialidad, interesa aquí, además pensarla como práctica, nuevamente con la perspectiva cultural que permite la actividad continua de la lectura y la escritura. La historia se asume como oficio asociado a las prácticas sociales y a la representación de estas prácticas, consideradas a su vez como acciones sobre el presente.

Michel de Certeau (1994) apunta hacia las preguntas centrales de la producción, que él denomina operación histórica: ¿Qué fabrica el historiador cuando hace historia? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? El acto de escribir historia se ubica, así, bajo los criterios de pertinencia, de la producción exigida, de su carácter contemporáneo y por la relación que se establece entre un lugar, también históricamente configurado, y unos procedimientos seleccionados.

² Paul Ricoeur (1994) señala la importancia de tener en cuenta términos como los de tradición, tradicionalidad y tradiciones, para la perspectiva histórica.

A partir de esta perspectiva Certeau se pregunta por el destinatario real del discurso de la historia. No es el público en general, como podría pensarse o como posteriormente puede ser asimilado desde procesos de lectura ajenos a la intención del historiador. El libro o el artículo de historia son “el producto” de “un lugar”. Si bien en muchos casos pueden estar destinados a un grupo lector bastante amplio, subyace en él una intención fundamental: “un estudio particular se definirá por la relación que sostenga con otros contemporáneos, con ‘un estado de la cuestión’, con los problemas explotados por el grupo y los puntos estratégicos que constituyen, con los acercamientos y distanciamientos así determinados o los hechos pertinentes en relación con la investigación en curso” (1994, 41). Su diálogo está fundamentado, entonces, no sólo en los discursos históricos emitidos en el pasado, sino también en la relación que establece permanentemente, mediante tales diálogos, con el presente.

Es aquí, en este ámbito de las prácticas, donde está presente la superposición de las diversas formas de coerción social y de la iniciativa individual (Cabrera 2001, 31). Se trata de escribir una historia de la historia en donde se proyecte una mirada simultánea en la que se asume la pregunta por cómo se representa una sociedad a sí misma desde la historiografía, a la vez que las diferentes maneras de participación del discurso histórico en una sociedad, generadas ambas por una tensión temporal.

De esta manera, la elaboración de la historia pensada desde las prácticas, permite percibir el papel social del historiador, pensar la manera como éste lee el pasado, consolidar su presente y reconstruir una propuesta para los lectores, a partir de su ubicación social, siempre concebida en el ámbito de la mediación que le da el discurso.

Por esto, construir la historia de la historia es una de las vías no sólo para pensar el papel social del historiador, sino además, el papel social de la literatura a partir de las expresiones que la constituyen como discurso social, lugar en el que participan las instituciones culturales, así como las prácticas

que se desarrollan alrededor de lo literario. Hablar del Estado, las instituciones educativas, religiosas, las entidades que promueven la cultura, las academias, las editoriales, hace reflexionar sobre una serie de discursos que consolidan la literatura más allá de los límites tradicionales del texto.

Quizás por este motivo, se puede hablar más que de instituciones, de un proceso de institucionalización, pensado como el permanente "archivar social" en el que, por tanto, prima la memoria, lo que permanece: "Así considerado, el proceso de institucionalización pone de manifiesto dos aspectos de la eficacia de las representaciones: identificación (función lógica, clasificadora de las representaciones) y coerción (función práctica de puesta en conformidad de los comportamientos)" (Vergara 2001, 13). En este sentido, están presentes la actividad social de la literatura, la del historiador y en ellos, conjuntamente, el papel central de la tradición y el discurso oficial de la historia.

Es posible pensar, por ejemplo, la manera como han sido trabajados, acaso usados o utilizados, los diversos planteamientos historiográficos por parte de los proyectos y programas educativos, la relación entre la academia y la construcción y transformación de los imaginarios, no sólo de lo literario sino también de lo histórico. Es posible interpretar, también, las diversas relaciones, representaciones y prácticas en las que se ubica la producción histórica estimulada por premios y, algunas veces, por proyectos y políticas de entidades gubernamentales (alcaldías, gobernaciones, institutos de cultura, etc.). En esta perspectiva adquiere importancia, por ejemplo, la participación de las diversas formas de censura en la construcción del discurso de la historia, o la posibilidad de indagar por el juego permanente entre la memoria y el olvido como estrategia-espejismo de las diversas versiones que la historia evoca para sus lectores.

Dado lo anterior, más que saber lo que la historia dice de una sociedad, importa analizar cómo funciona en ella, y por lo tanto, su relación con los otros lenguajes sociales. En este punto surge otro problema fundamental, el de la construc-

ción permanente del canon y la concepción que sobre la tradición permite la elaboración de la historia. En la tensión entre el presente y el pasado se consolida la idea de la tradición. Surgen así las formas como los diversos historiadores piensan el pasado, las diferencias pertinentes, la distancia adoptada. El historiador se ubica en la revisión y reconstrucción de temas y propósitos. Es necesario, entonces, leer desde la mirada historiográfica trabajos como los de William Ospina, Ricardo Cano Gaviria, Jaime Eduardo Jaramillo y Diógenes Fajardo. También es posible ubicar la perspectiva hacia unas obras o formas de producción, asumidas desde opciones de fragmentación temporal, como por ejemplo la literatura colonial, o la literatura de fines de siglo y leer las lecturas que varios autores han forjado acerca de ellas, donde nuevamente se encuentran presentes los problemas de la institucionalización, la periodización y la distancia.

Tanto para la historia sobre la historia, como para la historia, también es problemática la configuración de su propia trama, en el sentido de fragmentar, seleccionar, delimitar sus preguntas, las cuales, si consideramos lo anterior deben ser conscientes de la relatividad de sus propias construcciones. Es allí donde es necesario volver sobre trabajos que se han preocupado por señalar la revisión historiográfica. La *Contribución al estudio de la historiografía literaria Hispanoamericana* de Beatriz González Stephan (1985), propone la necesidad de articular un discurso sobre los criterios de la revisión historiográfica y, a la vez, la urgencia de reseñar el material en la elaboración de una especie de tipología que ayudaría a configurar un panorama amplio de preguntas.

Por lo tanto, es fundamental pensar en el diálogo historiográfico con propuestas que busquen superar los discursos nacionales. Ya desde el siglo XIX se señalaba la carencia de diálogos entre los países latinoamericanos. Sin duda aún hoy pervive ese estado ya que, en una tradición en la que más fácilmente se da la aproximación a los discursos europeos y norteamericanos, no se integran siempre a los discursos nacionales las respectivas búsquedas de los países vecinos. Sería interesante

que, una vez establecidos los diálogos en el ámbito nacional, se pensara, echando mano a la riqueza que implica la historia de la literatura comparada y las historias de la literatura latinoamericana, en la formulación de proyectos conjuntos que involucraran nuevos discursos y que, por lo tanto, permitieran la reconstrucción y reactivación de nuevas tradiciones, lo que de ninguna manera implicaría una apropiación directa y no crítica de ellas.

A la vez, es posible pensar en la manera como las diversas expresiones de la historia han asumido, bien sea por su carácter regional o debido a un propósito particular, la literatura colombiana. Trabajos como los de Angel Rama, Enrique Anderson Imbert y Jean Franco, entre otros, estarían inclinados hacia esta perspectiva.

Si tenemos en cuenta los planteamientos anteriores, el propio concepto de historia de la literatura tiende a ampliarse. Varias son las propuestas que, aunque no se enuncian dentro del ámbito tradicional dado a este concepto, pueden ser tenidas en cuenta. Una producción bien especial desde la perspectiva de la temporalidad es la que atraviesa, por ejemplo, un género bastante desarrollado y poco estudiado en nuestro medio: las antologías. Surgen generalmente de proyectos institucionales o editoriales y contribuyen fuertemente a la consolidación del canon. Se trata, usualmente, de comprender una larga duración, elaborar una construcción intertextual de obras ya existentes y ubicarlas en un conjunto nuevo (Guillén 1985, 413). Hacen parte de una versión de la historia en la que ella no está expuesta de manera explícita sino mediada por la propia presentación de las obras. Esto implica, entonces, leer los trabajos de Daniel Samper Ortega, Andrés Holguín, Luz Mery Giraldo, Juan Gustavo Cobo Borda y Oscar Torres, a la vez que estudiar la relación de sus obras con las historias de la literatura, en sentido estricto y con las diversas formas de producción de los antólogos, quizá ellos mismos historiadores, críticos o escritores.

Por otra parte, existe una serie de investigaciones que surgen a partir de la transformación propia de las disciplinas y de

la forma de percibir lo literario. Investigaciones que proponen grupos configurados con otros objetivos ya no centrados en la historia o en la literatura, como pueden ser los estudios culturales, la mirada postcolonial, la perspectiva de género, lo popular, la oralidad o lo infantil. Estas propuestas comparten su interés, en la búsqueda de nuevas obras y fuentes, pero a la vez se ven en la necesidad de asumir una nueva temporalidad. Es interesante constatar, por ejemplo, la presencia del discurso de autores como Ángel Rama en los estudios culturales (Moraña 1997). Trabajos que permiten, posiblemente, nuevas lecturas de la historiografía en nuestro medio.

Pero por otra parte puede pensarse en las especificidades con que se configura el discurso de la historia en la voz de escritores que no sólo desde la narrativa ya han elaborado su propia actividad historiográfica. Casos como los de Pedro Gómez Valderrama, Germán Espinosa, Rafael Humberto Moreno Durán que, a través de ensayos, expresan su propia opinión sobre la historia. Así mismo, permitirse ampliar la mirada hasta leer la novela, la metanovela y la novela histórica como reflexión historiográfica. Obras como *La tejedora de coronas* y *Los Ojos del Basilisco* de Germán Espinoza, *La otra selva* de Boris Salazar y *Los felinos del canciller* de R H. Moreno Durán, se encuentran entre varios de los textos que podrían contribuir a dicho propósito. Posiblemente, reflexionando más allá, quizá sea posible aventurarse a trabajar a partir de una mirada historiográfica, cuyos criterios habría que pensar en detalle, la elaboración de obras sobre la vida de escritores y artistas.

A esta historia sobre la historia la convocan también otros textos paralelos o simultáneos a la historia que se escribe y que pueden contribuir como fuentes a su interpretación. Participan de una activación del pasado las reediciones, críticas de obras y autores, algunas veces con criterios de lectura promovidos por aniversarios. La revisión y nuevas lecturas de autores reconocidos como Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Juan de Castellanos, Hernando Domínguez Camargo, Pedro Solís de Valenzuela, García Márquez, el Grupo Mito, Álvaro

Mutis. Además, revisar la producción que surge de un interés que no es ajeno a la historia, como es la proliferación de biografías sobre determinados autores; en nuestro caso pareciera ser José Asunción Silva quien gana la mayoría de las simpatías. Releer, desde esta perspectiva, a Ricardo Cano Gaviria, Enrique Santos Molano y Fernando Vallejo, sólo por dar ejemplos referidos al autor bogotano, pero pensando, al tiempo, en ampliar las posibilidades del género biográfico como una forma de historiar bastante desarrollada desde los espacios institucionales y editoriales, por ejemplo.

Construir las fuentes de esta historia conlleva un trabajo en el que la pregunta sobre el quehacer del historiador de la historia es central. Son fuentes reconstruidas por el historiador del presente en un diálogo que establece como lector no sólo de las historias sino de las obras que son historiadas, lo que permite una cadena triple de lecturas. Las preguntas del presente a las que convoca el pasado permitirán que, en el estudio de la práctica, los discursos, tanto históricos como culturales, se hagan presentes para poder establecer la función activa y social del discurso y las propuestas, sueños y utopías por medio de las cuales el historiador, cualquiera que éste sea, decide escribir una historia de la literatura como una exigencia de su tiempo.

Bibliografía

- Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*. Madrid: Fronteras-Cátedra-Universitat de Valencia, 2001.
- De Certeau, Michael. "La operación histórica". Perus, Françoise. *Historia y literatura*. México: Instituto Mora, 1994.
- González Stephan, Beatriz. *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985.
- Guillén, Claudio. *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la literatura comparada*. Barcelona: Editorial Crítica, 1985.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986.

- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes Literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Moraña, Mabel. *Ángel Rama y los estudios latinoamericanos*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 1997.
- Perus, Françoise (Comp.). *Historia y literatura*. México: Instituto Mora, 1994.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI, 1995.
- _____. "Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica".
- Vergara, Luis. "Paul Ricoeur y la escritura de la historia". *Revista Fractal* 23. (2001): 13.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- _____. *El contenido de la forma: Narrativa, discurso y representación*. Barcelona: Ed. Paidós, 1987.